

La pujanza de Toño

Fernández: canto, gaita y tambor

Ciro Quiroz Otero

*Gaitas lejanas la noche
nos ha metido en el alma
¿Vienen sus voces de adentro
o de allá en la distancia?*
Jorge Artel

Hijo de un tambor, tuvo por madre una gaita. Quiso un nombre y lo tuvo; se llamó Antonio, y quién sabe qué obstinación perversa cambió su apellido: ya no sería Hernández, como le correspondía, sino Fernández, como le dio su gana. Tenía figura regordeta y cara de indio legendario, redondeada exageradamente por dos mejillones pálidos. Sus manos de gigante empuñaban, una, la cascabela, nombre que le dio a la maraca, y la otra, la izquierda, sostenía el pito llevado suavemente al soporte de sus labios. Con furia sonaba la maraca que, agitada, se sacudía rabiosamente de arriba a abajo,

sin descender más allá de su vientre y sin sobrepasar la altura de su sien. De su garganta fluían melódicos cantos que adornaba con un “guapirreo” previo, cantos rudimentarios donde el sentido del ritmo latía con su espíritu cargado de gestos y cadencias sonoras.

No se sabe qué enigma escondía para los gaiteros, pero si la escena transcurría hasta el amanecer, el sol, sospechosamente, con Toño a la vista, retardaba su aparición en el horizonte, y hacía más larga la noche. Soplaban el pito, y Toño, con el mismo arrebato contagioso del grupo acompañante, movía su dedo índice izquierdo, sensible, nervioso, buscando notas, sonidos y más sonidos en el macho.

Años después, Toño abandonaría los instrumentos, instrumentos casi vivos,

con música de sustratos primitivos, y se dedicaría al canto; cuando lo hacía, su rostro seco y serio dibujaba una ligera y graciosa mímica de ritmo, y su mano izquierda, ya sumisa, seguía el remedo melódico del sonar de la maraca lujuriosa de otras edades. Otras veces ese brazo seguía obediente el crujir embrujado de los tambores y se movía al son de una *botuta* imaginaria, escondida en su propio brazo, hasta cuando empezó a dolerle y debió forzarlo a separarse de la cascabela para siempre.

Cuando Los gaiteros de San Jacinto percutían sus atabales y Toño cantaba, cada hombre, cada músico, se comunicaba con su instrumento y con todos, al compás pleno de un mismo movimiento y duración.

Quien toca el macho toca también la maraca: es regla de gaitero; y sólo aparta de su boca el pito para cantar; eso lo inventó Toño, ya que en los conjuntos de gaita antiguos no se cantaba. Un canto hondo, una entonación larga, eran virtudes en Toño Fernández, mientras varios tambores comprimidos por las piernas de los tamboreros empezaban a roncar al son de las letanías cantadas, separadas apenas por el responso grave



Los gaiteros de San Jacinto y Delia Zapata Olivella en Moscú durante el Encuentro Mundial de la Juventud, 1958.

del coro hecho por los tamboreros. Era la garganta más hábil, casi feroz, que anunciaba el espectáculo de recitativos, así fuera una noche oscura en un pueblo de la costa, un teatro elegante de ciudad grande o un aeropuerto cualquiera de tránsito por el mundo, porque los cantos de Toño, hechos de privaciones, opresiones, debilidades y amor, eran cantos de un pueblo en permanente marcha. Toño, en su campo, era el propio diablo; inventaba sus versos, y su repetición creaba una hipnosis de contagio. Enronquecido, cuando cantaba mucho y la percusión hacía estragos en su voz, sus acompañantes, solidarios, se miraban unos a otros, como gallo en la



Después de la parranda, foto: archivo personal.

gallera en trance de riña, y los dos pitos, hechos del corazón del cardón, se maridaban en discreto acople: el macho para fecundar, la hembra para concebir y así dar nacimiento a un canto ennoblecido.

Toño era Toño. Y seguro que si alguien hubiese pretendido imitar su algarabía, no lo hubiera logrado; gracioso, imponente, hecho de canto, vertía por igual la agudeza y la picaresca, mientras su voz lúcida iba perdiéndose lejos, precedida por el marco rudo que muchas

veces chocaba con los tópicos y posturas falsas de la sociedad.

A pesar de la dispersión de sus temas, para Toño la mujer era asunto central. Hizo de ella un espejo de sus propias danzas: “Cuando Toño Fernández canta / despierta al que está dormido, / despierta a la mujer sola / y la que tenga marido”. Y su filosofía, aunque altanera, era concisa:

—Si tienes una muchacha bonita, tienes motivo pa’cantá y si no tienes una muchacha bonita, tienes otro motivo.

Toño Fernández, pregonero de un mundo de prodigios, donde las horas se acosaban unas a otras o se aletargaban con el ritual de la danza, no concluía los trasnochos en las ruedas de los fandangos, porque ahí reinaba el bullicio: “Candelaria me dejó a mí / pa’ vé si yo me moría / ahora que volvió a vení / yo estoy vivo todavía. / Yo conozco esa mujer / que tiene un rostro divino / maldito sea mi destino / no me supo comprender”. Infortunadamente fue ella, Candelaria, quien no lo pudo comprender.

Como si hubiera pactado en secreto y temprano con la música, solía decir:

—Yo cantaba de niño, pa’ que las muchachas me persiguieran.

Sus abarcas, su sombrero, su mochila, su trapo rojo amarrado al cuello lo acompañaron siempre. Pero con su indumentaria iba también su pobreza. Cuando se le preguntó cómo había llegado a la fama, dijo:

—Yo fui cantador parejo; canté paseo, canté merengue, canté son, canté puya, pero mi fuerte es la gaita.

Corría el año 1972 cuando lo vi actuar por primera vez en el Teatro Pablo Tobón Uribe de Medellín; se realizaba el Primer Encuentro Latinoamericano de Folclor. Los gaiteros de San Jacinto fueron declarados fuera de concurso. Aquel día, Toño soltó su pujanza; fue tan estruendoso el aplauso, que tuvo ganas de llorar. Apenas apretó sus ojos, inmensos de malicia indígena, que hace poco cerró definitivamente.

Mientras mi mente, al concluir esta nota, vaga infructuosamente entre los escondrijos y bambalinas del teatro cultural de Medellín, siento distante la melodía que entonces entonó y que ahora me persigue:

El día que Toño se muera
no me toquen acordeón
que me lleven al cementerio
con mi pito de cardón.

Ciro Quiroz Otero. Oriundo de El Paso (Cesar). Abogado, profesor de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, investigador cultural y autor del libro *Vallenato, hombre y canto* (Bogotá, Ícaro Editores, 1983). Texto tomado de Gil Olivera, Numas Armando, *Toño Fernández: la pluma en el aire*, Bogotá, Editora Guadalupe, 2005.